

Sexta carta abierta al pueblo de Maranatha

(Más allá del buenismo y del hay qué)

Besa en los labios el que habla con franqueza, dice la Biblia¹. Pienso que es el mismo Espíritu Santo el que provoca a veces las crisis utilizando nuestra pobreza y pecado. Es evidente que son necesarias para el crecimiento porque cuando se apodera el marasmo, languidece todo. En un grupo de alta gratuidad como el nuestro, el marasmo no es neutral sino que ata las manos de Dios y le roba su gloria en beneficio de otras posturas más humanas. Posturas que, por otra parte, cuanto menos tienen de Espíritu, más se sacralizan para evitar la descohesión.

Me dicen que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. No es malo que haya disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son los auténticos entre vosotros (1Co 11, 18). San Pablo, como vemos, piensa lo mismo. No hay, por tanto, que escandalizarse de los conflictos pero sí estar vigilantes para que nadie pierda o rebaje su autenticidad. Más que nadie, claro está, el pueblo o la comunidad a la que pertenecemos. La comunidad es obra de Dios y todo nuestro afán debe emplearse en que de ninguna manera pierda calidad por nuestra desidia. No debemos, pues, pensar que el Espíritu Santo se aleja de nosotros cuando hay problemas, pero sí hay que estar en guardia, porque nosotros, o algunos, sí se pueden extraviar y perder la trayectoria auténtica a seguir.

Cuando escribo esta carta ya se nos está haciendo largo y pesado el conflicto en Maranatha. Cada grupo se afianza en sus posturas aunque un alto número de indecisos va clarificando su visión. Este es ya uno de los grandes logros del contencioso y un gran signo de madurez. Es tan duro y tan virulento que nadie ha quedado al margen ni se puede hablar de tontos útiles. Se han quebrado amistades y confianzas en busca de la fidelidad y

¹ Pr 24, 26

sinceridad que a cada uno le pide su corazón. Se quiera o no se quiera todo el mundo va tomando postura. Se están derramando muchas lágrimas porque todo esto duele, sobre todo cuando percibes que tu amigo del alma piensa distinto que tú y no puedes llegar a la raíz de sus decisiones. Tenía razón Carlos Marx cuando decía que el tema religioso es el más profundo del hombre. Para él era una “alienación”, la quinta, pero la más difícil de erradicar. En una confrontación tan larga lo más fácil hubiera sido desertar y buscar otros lugares de piedad, pero han sido muy pocos los que lo han hecho. La mayoría es consciente de que estamos inmersos en una gran crisis de crecimiento y de que el Señor anda por el medio. Por otra parte, se presiente el alborar de una nueva época que nadie quiere perder. Es como los que suben al Sinaí. Se trata de una dura ascensión. Yo la hice con setenta y dos años y no me quedaron muchas ganas de repetirla, pero ¿quién se iba a perder aquella deslumbrante salida del sol?

La intención fundamental de esta carta, aunque sea para un círculo pequeño, es la de discernir y dar mi parecer sobre la catequesis que se nos está dando actualmente en Maranatha, una catequesis previa a una nueva elección de dirigentes que tendrá lugar dentro de unos días. Por todas partes suena el “tenemos que” y el “hay que”. Es cierto que un conflicto tan largo y de cosas tan íntimas puede engendrar entre las personas muchas formas de desencuentro, que van desde el rechazo a la indiferencia. Ahora bien, la manera de enfrentarse con esta realidad no es la de sermonearnos continuamente con que nos queramos, nos perdonemos, dialoguemos, nos reunamos y activemos todos los resortes de llegar a la paz. Todo esto me está sonando a buenismo y moralina que, por otra parte, deja indiferente a un pueblo que ha probado manjares más substanciosos. Trataré de explicarme.

El buenismo consiste en buscar siempre la paz poniendo las cataplasmas que sean necesarias pero sin llegar nunca al fondo de nada, para no herirnos. Es una actitud falsa que, a la larga, crea más problemas que los que resuelve. Se condesciende con todo, se rebaja todo, se acomoda todo. Lo único importante es evitar la tensión, la denuncia y los nervios. El talante buenista nunca llama a las cosas por su nombre, le incomoda que se

mencionen palabras como crisis, confrontación, discusión. Es un pacifismo a ultranza que intenta a toda costa evitar cualquier tipo de violencia. Se alimenta de miedo, de complejo, de falsa compasión, por lo que no asume el deterioro que pueda haber en lo esencial o nuclear de una cosa. En la antigüedad se decía. “Amicus Plato, sed magis amica veritas”². Una frase que el buenista no entiende.

El buenismo tiene más de entreguismo y dejación que de resistencia pasiva. Ni Gandhi ni ningún mártir cristiano fueron buenistas, al contrario, su aparente pasividad y pacifismo, además de poner nerviosos a sus contradictores, simbolizaba la adhesión inquebrantable a una gran causa justa. En teología el buenismo tiene nombre propio ya desde la antigüedad: se llama “irenismo” de la palabra *eirene*, que en griego significa paz. El irenismo, referido a la doctrina, es un pacifismo destructivo que actúa tomando un poco de cada parte para contentar a todos, con lo que la verdad se hace irreconocible. Es una postura relativista que reniega de lo absoluto pervirtiendo todo valor e ideal. En aras de una falsa paz devalúa los contenidos y los rebaja convirtiéndolos en trapos de saldo. No va en la línea del ecumenismo sino todo lo contrario. Alguien dijo: “Nada es tan ajeno al ecumenismo como el irenismo porque desvirtúa la doctrina católica y oscurece su verdadero y genuino sentido”.

El buenismo es un intento de comportamiento moral que quiere dejar contentos a todos. Sin embargo, fracasa y vacía la moral de todo esfuerzo y lucha por llegar a la perfección con lo que, al aspirar sólo a lo bueno, no se libra de caer en la mediocridad de las apetencias individuales. Lo bueno, en este caso, deja de ser objeto de la inteligencia y pasa al terreno de la voluntad, donde no se supera el deseo de un bien puramente relativo. Lo vemos hoy en día en la moral social que nos toca vivir, donde cada uno busca lo bueno y el bien donde le apetece. Sin embargo, ninguna cosa es buena si no es verdadera, si pierde identidad, si deja de ser aquello que es y que fue. Lo vemos, como digo, en lo humano pero más en lo divino, donde la evolución nunca es heterogénea sino homogénea, es decir, sin perder su esencia o identidad. La tolerancia irresponsable del buenismo o irenismo termina siempre siendo represiva.

² “Platón es mi amigo, pero la verdad lo es más”.

¿Por qué digo que la catequesis de Maranatha en estos últimos tiempos es moralista y buenista? Es muy sencillo. Al predicarnos que nos queramos, que nos perdonemos, que no nos hiramos, que seamos buenecitos los unos con los otros, que no nos incomodemos, que evitemos toda firmeza, que relativicemos nuestras posturas, nos están invitando a un flagrante irenismo. No se trata de que nos queramos y nos perdonemos. Se trata de que Maranatha es un pueblo portador de una gracia, de una identidad, de una revelación que no nos pertenece a nadie y que debemos salvaguardar. Cuando un pueblo espiritual se revela contra la forma de actuar de sus representantes no se trata de malquerencias, resentimientos o rencores sino de que no se siente a gusto consigo mismo. Percibe que algo está fallando. No son las personas de los dirigentes lo que está en causa sino la identidad del grupo. La lucha que se inicia o la reforma que se busca no va contra personas sino contra desviaciones en las que todos podemos caer y de las que todos nos tenemos que librar. Que nadie se crea tan importante para pensar que se está luchando contra él. Es mucho más serio. De ahí que resulten ridículas e infantiles las quejas de que no me quieren, me han herido, me han insultado. La pretensión de aclarar estos extremos está fuera de lugar.

El tema, por tanto, tiene que ver con Dios, no con hombres. Presuponemos la buena voluntad en todos pero no podemos aceptar cualquier cosa. Ninguno de los que estamos en Maranatha estamos por casualidad pero ninguno está tampoco por propia voluntad. Hemos sido llamados, vocacionados. No es nuestro proyecto el que estamos llevando adelante. Servimos a los intereses del Señor y nuestro orgullo más sagrado es el de ser fieles a la gracia recibida o, mejor aún, a la obra que el Señor quiera hacer con este pueblo. La fidelidad no hay que darla por supuesta; la recibimos cada día si no nos desviamos. La Renovación es demasiado frágil y la podemos manipular.

Cada uno verá cómo preserva su fidelidad. Yo me he aferrado siempre al signo de los más pobres entre los que destaco a los nuevos que van llegando a la comunidad. Mis desvelos siempre han sido para ellos porque pienso que son los que nos pueden mantener jóvenes y nuevos a los

más antiguos. Si estamos con los pobres, estamos con Jesucristo. No se trata de obedecer a los pobres y seguir sus directivas; lo interesante no es lo que piensan los pobres sino lo que piensa Jesucristo de ellos. Pasa lo mismo que con los niños. A un niño no hay que obedecerle sino quererle y cuidarle. Una casa donde hay niños no se estructura ni se institucionaliza y, si la rigidez de los padres la imponen, crean complejos.

Pedro Reyero y yo teníamos una amiga en común que se llamaba Francisca, una mujer muy pobre. Yo la llamaba la hija del pueblo. Al salir de Maranatha siempre nos abordaba primero a uno y después al otro. No le hacíamos mucho caso pero manteníamos la confianza y la acogida, de las que ella disfrutaba. Un día se me acerca Pedro y me dice: “Chus, tú y yo, mientras seamos amigos de Francisca, vamos por buen camino”. Me impresionó esta intuición tan evangélica de Pedro. Lo que más me ha dolido en este contencioso en el que estamos inmersos son algunos gestos que han faltado al respeto a los pobres. Hay gente que se ha salido de la reunión, con educación si queremos, pero dando el portazo. Un pobre no se escandaliza por una pelea: está acostumbrado, pero estos gestos sacralizados le hacen mucho daño. Intuye, como un peligro, que se configure de tal forma la casa de Dios que él ya no quepa en ella.

No debemos aconsejarnos por la razón. Los pobres no son racionales ni gente de mucho orden. Dice Santo Tomás que los que son guiados por el Espíritu de Dios no deben aconsejarse por la razón sino por un instinto espiritual superior. La Renovación carismática no es un pueblo racional y de cálculos humanos sino que es guiada por un instinto superior que se expresa en los carismas. Ya no es la razón lógica ni la razón matemática ni la geométrica ni la estética las que deben prevalecer entre nosotros. En ellas no cabe el evangelio. El instinto superior nos hace identificar a los pobres con Jesucristo. Por eso mucha gente se va de la Renovación llena de razones pero sin Jesucristo. No han sabido captar dónde se ubica el Señor cuando estamos reunidos en asamblea. Es cierto que esta visión de la realidad incomoda pero la grandeza de Dios sólo se experimenta cuando se asume.

Pues bien, retomando lo dicho más arriba, a mí me queda una cosa clara y es que en las divergencias actuales de Maranatha no se va contra personas. No es un problema de querer o no querer sino de fidelidad al Señor. El que no lo vea así está desubicado y no entenderá por qué pasan

las cosas que pasan. Tal vez alguno piense que es una lucha por el poder. ¿De qué poder se trata? Si yo hiciera eso me consideraría el hombre más desgraciado del mundo. ¿Cincuenta años de sacerdote para terminar así? No, es todo mucho más serio. Se trata del Cristo, con el que quizás me encuentre pronto. Mi interés se centra en él y en ser fiel a lo que en Maranatha se me ha revelado a lo largo de los años, que ya son treinta y tres bien cumplidos.

Cuando oía las cosas que se nos decían para prepararnos a las elecciones del equipo de dirigentes o servidores, algo no quedaba bien encajado en mi interior. Pensaba que, en realidad, no nos reunimos en el grupo para rezar ni para querernos ni para formarnos y crecer ni para hacer alguna tarea o llevar adelante algún compromiso en beneficio de otros. Cualquier cosa de esas que hiciéramos trasformaría nuestro grupo en un anticristo. Obras y más obras; no saldríamos de la onda de la ley y se nos helaría el corazón. Lo del anticristo no lo digo yo, es de San Pablo, que dice a los Gálatas: *Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará nada. Habéis roto con Cristo todos cuantos buscáis la justicia en la ley. Habéis caído en desgracia. En cuanto a nosotros por el Espíritu y la fe esperamos la justicia anhelada. Porque siendo de Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen eficacia, sino la fe que actúa por la caridad* (Ga 5, 3-6).

Como vemos, en el cristianismo casi siempre es el mismo tema, es decir, o ley o gracia. La gracia se identifica con Cristo. Creer en Jesucristo es la única forma de actuar con caridad y, por tanto, de amarse y de cumplir los compromisos. La fe en Cristo actúa mediante la caridad; fuera de Cristo no puede haber caridad. Habrá sentimientos, simpatías, químicas o lo que se quiera pero no amor de caridad. Me explico: en el grupo no nos reunimos para rezar sin más. Si fuera así pronto discutiríamos qué clase de oración sería más conveniente. Tampoco nos reunimos para amarnos. Si fuera así vendría pronto la controversia sobre qué clase de comunidad o comuna sería la mejor. Ni nos reunimos para crecer: ¿hacia dónde? Ni siquiera para realizar alguna tarea o compromiso en común: ¿qué podríamos hacer? Nos reunimos para insertarnos cada vez más profundamente en Cristo y en su misterio de salvación. Sin olvidar nunca

que es por gracia, por pura gracia, no por decisión de nuestra voluntad aunque sea necesario su asentimiento.

Cristo, que se me da como gracia, es el centro del grupo. Desde esa experiencia yo puedo tener comunión contigo y amarte y quererte y compartir mil cosas. Comunión en la experiencia de Jesucristo, eso es lo esencial. Estos días se nos ha aporreado también con la unidad, que seamos uno, que superemos la división. ¿Desde dónde tengo yo que estar unido contigo? Si es desde Jesucristo bienvenida sea la unidad; fuera de Cristo, por más que los “devotos” la sacralicen, no me interesa. Yo quiero unirme contigo y además te necesito como hombre o como mujer para buscar juntos a Cristo y la vida que brota de él.

¿Cuál ha sido el verdadero problema de Maranatha? El Cristo que se nos ha presentado. Yo sé que en la mayoría de las personas estos temas son inconscientes y no se hacen desde la mala voluntad, por eso no reprocho nada a nadie. Ahora bien, luz sí que necesitamos. ¿Por qué se ha iniciado este malestar y esta controversia en mucha gente del pueblo de Maranatha? Porque no estaban de acuerdo con el Cristo que se predicaba. Cuando la predicación comienza a derivar hacia la catequesis y la acción se está predicando otro Cristo distinto del que se oyó siempre en este grupo. No es extraño que haya gente que se incomode. Necesitamos, se dice, catequesis y formación, y es verdad, pero en su sitio. De lo contrario, corremos el riesgo de acomodarnos a lo fácil rebajando nuestras pretensiones y cayendo poco a poco en las garras de lo razonable y racional, sustituyendo la unción y el carisma por un entramado de leyes o, mejor, para no caer en estatutos, de posturas y convencimientos interiores que endurecen las relaciones y se distinguen en poco de las normas escritas en papeles.

Después de largos años en la Renovación y en Maranatha confieso con toda sinceridad que sólo estaré unido con los que acepten a un Cristo de gratuidad tal como se ha predicado en nuestro grupo. Sólo el parecer oficial de la Iglesia me haría callar y suavizar esta demanda. *Besa en los labios quien habla con sinceridad.* Este Cristo que yo aprendí aquí, después de vivir bastantes años como sacerdote sin conocerlo, es el Cristo resucitado, objeto de la fe, que ha sido constituido Mesías, Señor y Juez de la historia. ¿No lo conocía? Sí, lo conocía en la catequesis y en la teología

pero nunca había cambiado mi vida ni transformado mi corazón. Por eso, el conocimiento del que hablo es algo sabroso e interior inyectado en las venas del alma por el Espíritu Santo. Esta es la experiencia básica que hace comunidad en Maranatha y que nos ha constituido en pueblo.

Desde esta experiencia es desde donde nos amamos y desde donde se nos tiene que predicar el amor y la unidad y cualquier clase de comunión. No hay que dar nada por supuesto, sobre todo en el tema de la gratuidad, ya que es un asunto de pura fe muy contrario a la experiencia del mundo y de la vida. La gratuidad es una aspiración: ya pero todavía no del todo, que tenemos que repetírnosla continuamente los unos a los otros para seguir creyendo, para que siga actuando. No es una cuestión mental o inteligible, no es un concepto que se pueda aprisionar para siempre con el intelecto. Los conceptos o los números matemáticos se aprenden de una vez para siempre, la gratuidad nunca se puede aprender porque es acto, es vida, es vivencia de fe que se nos tiene que regalar continuamente para no volver a caer en el ritmo mineral y cansino de lo conocido por la razón.

¡Cómo nos sonaba al principio en Maranatha el tema de los carismas! ¡Con qué gozo y qué lejos nos sentíamos de la racionalidad de la fe en la que habíamos vegetado tantos años! Veníamos de una Iglesia en la que se nos habían disecado las neuronas de tanto pensar. Queríamos renovar la Iglesia, convertir a la gente y arreglar el mundo desde el pensamiento. Nos parecíamos a los primitivos filósofos griegos que identificaban la bondad con la inteligencia. Para ellos la virtud era comprensión intelectual y por eso los únicos buenos y virtuosos eran los sabios. Pues bien, esto, que parece una ingenuidad, sigue siendo válido para muchos en lo profundo de su inconsciente. ¿Por qué? Porque el hombre no puede hacer otra cosa más que pensar. El pensamiento es lo más limpio que podemos tener porque la autenticidad de vida deja en todos nosotros mucho que desear. ¿Cómo puede descansar un ateo en sus propias convicciones? ¿Cómo puede estar tan seguro de sí mismo? Porque identifica su pensamiento con su identidad más honda y entonces cree que, aunque existiera Dios, le encontraría sincero.

Algo semejante sucede en nuestra Iglesia con respecto a Dios, que para muchos no es otra cosa que pensamiento. Sin embargo, en nosotros,

por obra del Espíritu Santo, la autenticidad e identidad más profunda no está en nuestro pensar sino en nuestro obrar, en nuestra vida. Porque, como dice Pablo, *ya no soy yo quien vive sino que es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20). Y en otro lugar: *Aunque hablara todas las lenguas de los ángeles y de los hombres... aunque conociera todos los misterios y todo el saber... si no tengo amor, no soy nada* (1Co 13, 1-2). ¿De qué amor habla Pablo? *Del que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rm 5, 5). Cualquier catequesis, pues, en Maranatha, tiene que enraizarse en la profundidad de estos temas que son los que hemos oído como básicos a lo largo de los años. Y, repito, esta predicación no se puede dar por supuesta, porque la ideología acecha por todas partes y cuesta mantener la fidelidad a un Cristo limpio y escueto que es el único que hay que proclamar. Maranatha sin este Cristo es un viaje a ninguna parte. ¿Cómo se presenta la ideología? Con formas muy naturales y racionales: se nos exhorta a ser buenos, solidarios, a cumplir con nuestras obligaciones, a mantener el orden. Después sigue todo el catálogo de virtudes como la obediencia, la disciplina, el compromiso, el esfuerzo, etc. Pues bien, todas estas cosas y otras muchas, aunque son buenas, de suyo son puramente humanas. Todas se pueden hacer sin Espíritu Santo. Si un grupo va derivando hacia esas latitudes pronto le sonará como una pérdida de tiempo el oír hablar de Jesucristo y de su Espíritu. Tendremos un grupo de gente muy buena y muy devota que han transformado el kerigma en ideología, alejándose de Jesucristo y cambiándolo por simples valores cristianos por no decir humanos.

Sólo ha pasado una semana desde que escribí los últimos párrafos. No ha sido esta una semana cualquiera sino que han ocurrido hechos importantes. El domingo pasado, 20 de diciembre de 2009, en el retiro convocado con ocasión del Adviento ha habido elección de los nuevos servidores de Maranatha o, como suele decirse, del equipo de discernimiento. El retiro ha sido presidido por dos personas muy conocidas y entrañables para todos nosotros: el P. Lázaro Iparraguirre y Iosune. El padre carmelita Lázaro ha estado, como dicen, sembrado, en las dos charlas que nos dio. Trataré de resumir lo dicho por él en la siguiente carta.

Ha salido un grupo de servidores del que se puede decir que es totalmente nuevo aunque algunas personas ya habían pertenecido anteriormente o otros equipos de discernimiento³. Sólo quiero resaltar dos cosas: la primera es la madurez del pueblo. Éramos unas cien personas. Nadie teníamos idea de cómo podría reaccionar tanta gente y, por tanto, por dónde iría la votación. En muchos, los nervios estaban a flor de piel, pese a la continua oración para aceptar lo que saliera como voluntad de Dios. Oí, incluso a los más beligerantes, que aceptarían saliera lo que saliera, ya que el no hacerlo sería caer en la cerrazón que estaban combatiendo. Una contienda espiritual siempre será falsa cuando ambos contrincantes luchan con las mismas armas, porque significaría que ninguno de los dos confía en Dios, pase lo que pase⁴.

Yo sabía de las crisis que algunas personas estaban pasando desde hacía dos años. A pesar de estar bastante alejado por mi situación personal, me llegaban ecos del sufrimiento en el que se debatía todo un pueblo, persona a persona. No ha habido comecocos de ninguna clase, ha habido dolor y pasión por acertar, por ser fieles. Muchos pensaban que Maranatha se hundía, que nunca ya iban a ser las cosas como antes. Si he de decir la verdad, en esas noches oscuras yo veía trabajar al Espíritu Santo, enfrentando a cada uno con su propia fe y su propia decisión. Lo mismo sucedía a nivel comunitario. Tales noches no son sólo para los individuos sino también para las comunidades e, incluso, en ocasiones, para la Iglesia entera. Lo de menos es qué personas o qué tendencias han salido; lo importante es que el sufrimiento nos ha renovado, y por eso hemos adoptado una postura más personal después de creer dolorosamente que Dios seguía en medio de nosotros.

El segundo aspecto a resaltar me resulta penoso, me cuesta, incluso, escribir de él. Resumiendo, se trata de lo siguiente. Unas doce personas, justo antes de la votación, no estaban de acuerdo, al parecer, con el modo cómo se había llevado el tema por parte de la regional a quien habíamos encargado que dirigiera Maranatha desde que renunció el último equipo de

³ Salieron las siguientes personas. Chus Villarroel, Álvaro Viro, Marisol Salcedo, Esther Llorente, Lucía Rodríguez y el matrimonio Rafael Sánchez-Lozano y Margarita Turmo.

⁴ Quiero dejar claro que, aunque yo pertenezca al nuevo equipo de dirigentes de Maranatha, esta carta y todas las demás que he escrito o pueda escribir lo son exclusivamente a título personal.

discernimiento. Según ellos quedaban muchas cosas por aclarar. Con lo que de una manera pacífica pero ostentosa se negaron a votar saliendo de la sala.

A muchos nos dolió una actitud tan extrema, inédita en toda la historia de Maranatha. Sin embargo, siguió todo adelante con suficiente serenidad. No creo que se lo esperara nadie pero, al continuar todo tan tranquilo, pensé que las ochenta y tres personas que quedaron dentro ya se lo tenían tragado. Poco antes me había enterado que ya lo habían hecho en otra asamblea de oración unas semanas antes. Algunos de ellos pertenecían al anterior equipo de discernimiento, gente, sin duda, con grandes dones y capacidades de todo tipo. Ha sido y sigue siendo doloroso en estos momentos que escribo. No me gustaría ni escribirlo, sin embargo lo hago porque se trata de la santidad de todo un pueblo. Algunos parece que se han negado a volver a la comunidad. Abandonan Maranatha.

Ante esto, ¿qué diremos? En primer lugar, que nadie quiere que se vayan porque son personas muy queridas. Yo, personalmente, con todos ellos, uno a uno, tengo lazos de cariño y algo se me rompe y se muere dentro de mí si no les vuelvo a ver en la oración de los miércoles. Si algo quieren alegar, si hay que resarcirlos de algo, lo haremos lo mejor que podamos. En segundo lugar, tenemos que tener claro que lo más importante es la obra de Dios. Por encima de cualquier persona y de cualquier exigencia. Sabemos por experiencia que el Espíritu Santo preside nuestras reuniones. Abandonar, por tanto, una asamblea en la propia cara del Espíritu Santo y del pueblo por él elegido, es una seria falta de respeto. Nunca en la larga historia de Maranatha ha sido el pueblo tratado así. Los más pobres tienen derecho a que se les pida perdón en nombre de Cristo pobre. Tal vez una forma de pedir perdón sea volver a Maranatha con sencillez y sin pretensiones, sentándose en el lugar de los pobres. Puede ser que tengan razón pero no basta con tener razón. Se marcharán llenos de razones pero el Jesucristo que se nos ha revelado en Maranatha se queda ahí, con los pobres. ¿No se darán cuenta de que todo esto es una prueba? Repito la palabra que se me dio al comenzar esta carta: *Besa en los labios el que habla con cariño y sinceridad*, dice la Biblia.

Palencia 28 diciembre 2009
Chus Villarroel O.P